

RESUMEN / ABSTRACT

El presente trabajo analiza las diversas visiones de la idea de *Patria* y *Nación* en la época de Porfirio Díaz. Las pinturas, litografías, monumentos patrióticos, narraciones históricas, entre otras expresiones; fungen como relatores de los orígenes e identidad nacional. Es importante destacar la representación evolutiva del pasado y la revaloración del mundo mesoamericano como ejemplo de la antigua nación indígena. Dentro de las celebraciones del Centenario de la Independencia se da una imagen de México basado en el pasado precolombino, prospero en el presente y proyectado al futuro. La construcción de la idea de *Patria*, la forja de la Nación y la reforma de la educación fueron objetivos fundamentales en la política de Díaz.

• • • • •

*In this work I analyze the diverse conceptions about Country and Nation in the epoch of Porfirio Díaz. The paintings, the lithographies, the patriotic monuments and the historic narrations, among others expressions, had the function of relate the origins of the nation and of the national identity. It is necessary to remark the evolutionary representation of the past and the revaluation of the mesoamerican world as an example of the old indigenous nation. During the celebrations of the Centenary of Independence was spread the image of Mexico as a country which, based on the pre-Colombian past, had a prosperous present projected toward the future. Some of the fundamental objectives in the politics of Porfirio Díaz were the construction of the concept of Country, as well as the formation of the Nation and the educational reform*

Recepción: 23/02/05 • Aceptación: 12/04/05

## Patria y nación en la época de Porfirio Díaz

ENRIQUE FLORESCANO\*

Conaculta

**C**omo lo muestran los estudios de las artes plásticas en el siglo XIX, la pintura de historia gozó un momento de esplendor durante el largo gobierno de Porfirio Díaz.<sup>1</sup> En estos años la expresión plástica en la pintura, la escultura o los monumentos públicos estuvo dominada por tres obsesiones del imaginario político: la Independen-

• • • • •

\*eflorescano@yahoo.com.mx

<sup>1</sup> Véanse: Esther Acevedo (comp.), *Hacia otra historia del arte en México: De la estructura colonial a la exigencia nacional (1780-1860)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001; y *Catálogo del retrato del siglo XIX en el Museo Nacional de Historia*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1982; Fausto Ramírez, *La plástica del siglo de la Independencia*, México, Fondo Editorial de la Plástica Mexicana, 1985 y "México a través de los siglos (1881-1910): la pintura de historia durante el Porfiriato", en Jaime Soler Frost (ed.), *Los pinceles de la historia: La fabricación del Estado (1864-1910). Del imperio de Maximiliano a las fiestas del Centenario*, 2003, pp. 110-149; y Tomás Pérez Vejo, "Les expositions de l'Académie de San Carlos au XIX<sup>e</sup> siècle. L'iconographie de la peinture d'histoire de 'l'invention' d'une identité nationale au Mexique", en Aline Hemond y Pierre Ragon (coords.), *L'image au Mexique. Usages, appropriations et transgressions*, París, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos-L'Harmattan, 2001, pp. 211-233.

**PALABRAS CLAVE**

- 
- PATRIA**
- 
- NACIÓN**
- 
- IDENTIDAD**
- 
- PORFIRIATO**

cia, la consolidación del Estado y la exaltación del caudillo bajo cuya égida se alcanzaron esos fines. La defensa del territorio se apoyó en la legitimidad de su ocupación ancestral, así a lo largo del Porfiriato se observa un esfuerzo sostenido de revaloración de la época prehispánica. La Escuela Nacional de Bellas Artes promovió entonces concursos sobre la antigüedad indígena y los orígenes de la identidad mexicana, que se tradujeron en pinturas como *La fundación de México* de Joaquín Ramírez (1889) o *Moctezuma II visita en Chapultepec los retratos de sus antecesores* (1895), de Daniel del Valle (fig. 1).

El interés por el mundo antiguo se enfocó en los reyes mexicas y en las figuras de Moctezuma Zocoyotzin y Cuauhtémoc. En contraste con los retratos un tanto desvaídos del infortunado Moctezuma, en esos años se acentúa la resolución de exaltar a Cuauhtémoc. De esta época son las pinturas que destacaban su arrojo para defender la patria invadida o su estoicismo ante la tortura que le infligieron los conquistadores. Pero correspondió a Vicente Riva Palacio, ministro de Fomento en el gabinete de Díaz, el inicio de un revolucionario proyecto monumental que comenzó por la glorificación de Cuauhtémoc como héroe de la patria. El 23 de agosto de 1877, Riva Palacio informó que:

El C. Presidente de la República deseando embellecer el Paseo de la Reforma con monumentos dignos de la cultura de esta ciudad, y cuya vista recuerde a la posteridad el heroísmo con que la nación ha luchado contra la Conquista en el siglo XVI y por la Independencia y la Reforma en el presente, ha dispuesto que en la glorieta situada al oeste de la que ocupa la estatua de Colón, se erija un monumento votivo a Cuauhtemotzin y a los demás caudillos que se distinguieron en la defensa de la patria; en la siguiente otro a Hidalgo y demás héroes de la Independencia, y en la inmediata otro a Juárez y demás caudillos de la Reforma y de la segunda Independencia.<sup>2</sup>

El reconocimiento a Cuauhtémoc se materializó en el primer monumento nacional, inaugurado el 21 de agosto de 1887, dedicado a celebrar a un héroe indígena. Se trata de un conjunto escultórico diseñado por el ingeniero Francisco M. Jiménez, quien encargó a Miguel A. Noreña la escultura en bronce que se eleva sobre el pedestal en forma de pirámide. Sin embargo, en la concepción liberal, el

• • • • •

<sup>2</sup> Citado en Daniel Schavelzón (comp.), *La polémica del arte nacional en México, 1850-1910*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 128.

monumento a Cuauhtémoc, antes que rendir homenaje a las etnias indígenas, celebraba la defensa de la patria, como reza la inscripción de su base: “A la memoria de Cuauhtémoc y de los guerreros que combatieron heroicamente en defensa de su Patria”. Es decir, los liberales que promovieron este monumento y habían combatido a los invasores franceses, se consideraban actores de la *Segunda Independencia*. Así, al honrar a Cuauhtémoc, conmemoraban al primero de los defensores de la patria, simbolizada por el último rey de los mexicas. Durante el Porfiriato la revaloración del periodo prehispánico se concentró en los aztecas, que en ese tiempo eran considerados los representantes de la antigua nación indígena.<sup>3</sup>

En la nueva interpretación de la Independencia que se escribe, pinta y monumentaliza durante el Porfiriato, los orígenes de la patria se sitúan en el movimiento insurgente y en la figura de Miguel Hidalgo. Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano fueron los primeros en declarar que la República y el proyecto liberal provenían del grito de Dolores proclamado por Hidalgo. Los artistas y políticos del Porfiriato ratificaron esa idea en numerosas pinturas dedicadas a honrar al *Padre de la Patria*.<sup>4</sup>

De manera paralela a la celebración de la Independencia, el movimiento de Reforma y sus líderes fueron festejados como una *Segunda Independencia*. Así, junto a la repetida exaltación de la figura de Hidalgo (fig. 2), la pintura recoge los combates librados contra los intervencionistas franceses, y eleva al sitio de los héroes a Ignacio Zaragoza, el vencedor de la contienda del 5 de mayo, a Porfirio Díaz, el campeón de la batalla del 2 de abril en Puebla, o a Vicente Riva Palacio, comandante del Ejército Republicano del Centro, quien le impuso la derrota al ejército invasor. La asimilación de los héroes de la Reforma con los fundadores de la patria se tornó imagen visual mediante la alquimia de la pintura, la escultura y el monumento, artes que en este tiempo ayudaron a configurar la imagen del héroe. En esos años la proliferación de pinturas, estatuas y monumentos patrióticos se



3 Véanse los trabajos de Barbara A. Tenenbaum, “Murals in stone. The paseo de la Reforma and Porfirian Mexico, 1783-1980”, en *La ciudad y el campo en la historia de México: Memoria de la VII reunión de historiadores mexicanos y norteamericanos*, tomo I, México, Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1992, pp. 369-379; y “Streetwise history: the Paseo de la Reforma and the Porfirian State, 1876-1910”, en William H. Beezley, Chery English Martin y William E. French (eds.), *Rituals of Rule, Rituals of Resistance. Public Celebrations and Popular Culture in Mexico*, Wilmington, Scholarly Resources, 1994, pp. 127-150.

4 Fausto Ramírez, *op. cit.*, 2003, pp. 132-133.

extiende a todo el territorio y a las capitales de los estados de la federación donde el espíritu patriótico festeja a los héroes locales.<sup>5</sup> De este modo, el calendario cívico que celebraba las batallas y los héroes que fundaron la república reemplazó al calendario religioso que por siglos había regido el transcurso temporal: “los santos fueron desplazados por los héroes y los mártires de la fe por los mártires de la patria”.<sup>6</sup> Como también dice Tomás Pérez Vejo, “la consolidación del Estado moderno como forma hegemónica de organización política tuvo por corolario la consolidación de la nación como forma predominante de identidad colectiva”.<sup>7</sup> De ese modo la pintura histórica, los monumentos públicos y el calendario cívico se convirtieron en los relatores de los orígenes y la identidad de la nación.

La idea de Vicente Riva Palacio de hacer del Paseo de la Reforma una avenida patriótica, que rindiera homenaje a los defensores de la república en cada glorieta, fue continuada por Francisco Sosa, uno de sus admiradores y colaboradores. El 2 de septiembre de 1877 el diario *El Partido Liberal* publicó una convocatoria firmada por Sosa, invitando a los estados de la república a erigir en el Paseo de la Reforma dos estatuas con la efigie de sus hombres preclaros, de modo que esta avenida fuera una “glorificación de los mexicanos ilustres [una] manifestación de la gratitud del pueblo mexicano a sus héroes [y una contribución] al embellecimiento de la ciudad”. La propuesta fue recibida con entusiasmo, a tal punto que entre 1890 y 1900 se inauguraron 30 estatuas de mujeres y hombres procedentes de los distintos estados del país, cuyos nombres, orígenes y méritos se integraron al panteón liberal de héroes de la patria, centralizado en la capital de la república.<sup>8</sup>

Como se advierte, la celebración de la patria es una respuesta a las agresiones imperialistas de 1847 y 1864-1867, y funde el antiguo patriotismo religioso con el

• • • • •

5 En Jalisco, Veracruz, Puebla, Guanajuato, Michoacán, Oaxaca y otros estados hay ejemplos sobresalientes del género de pintura y escultura patrióticas.

6 Tomás Pérez Vejo, “Pintura de historia e imaginario nacional: el pasado en imágenes”, en *Historia y Grafía*, núm. 16, 2001, pp. 75-110.

7 Tomás Pérez Vejo, *op. cit.*, 2001, pp. 211, 213 y ss.

8 Angélica Velázquez Guadarrama, “La historia patria en el Paseo de la Reforma. La propuesta de Francisco Sosa y la consolidación del Estado en el Porfiriato”, en *Arte, Historia e Identidad en América. Coloquio Internacional de Historia del Arte*, vol. II, México, Instituto de Investigaciones Estéticas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1994, pp. 33-34; Francisco Sosa, *Las estatuas de la Reforma. Noticias biográficas de los personajes en ellas representados*, México, Banco Mexicano Somex/Miguel Ángel Porrúa, 1991.

cívico y republicano de los liberales de la Reforma y del Porfiriato. En esta última época, al contrario de la actitud negativa que manifestaron los liberales de la primera mitad del siglo XIX hacia la cultura prehispánica, asistimos a una revaloración de la antigüedad indígena. La reconsideración del pasado indígena es un fenómeno que va más allá de su apropiación por los dirigentes políticos y las instituciones del Estado. Así, por ejemplo, Andrés Lira rescató la reivindicación indigenista que se dio en el seno del Colegio de San Gregorio hacia 1829, el cual se había constituido en beneficio de “la educación superior de los indígenas”, como afirmaban los miembros de esa institución, en un impreso donde rechazaban la decisión del gobierno de designar un rector no indígena para el Colegio. En ese tiempo la mayoría de alumnos y profesores eran indígenas, o descendientes directos de esa etnia, y consiguieron agrupar a muchos intelectuales, comunidades y representantes de los pueblos indígenas del Valle de México en defensa de la autonomía de su institución. Además de defender esos principios, denunciaron la pérdida de su patrimonio y la falta de apoyos por parte del Estado. El hecho significativo es que en San Gregorio:

[...] bajo el largo rectorado de Juan de Dios Rodríguez Puebla, indígena de raza y clase humilde en sus orígenes, se construyó lo que bien podríamos considerar ahora el primer monumento a la raza: una pirámide edificada en el patio y en cuyos taludes figuraban los nombres de héroes tlaxcaltecas, mexicas y texcocanos y los de héroes insurgentes de color más o menos cobrizo.<sup>9</sup>

El indigenismo sustentado por Rodríguez Puebla proponía darle autonomía a los pueblos indios, y en este sentido, como dice Claudio Lomnitz, “amenazaba con consolidar un país plurinacional”, cosa que para los liberales era una aberración.<sup>10</sup> Contra esa propuesta se levantó la voz del líder del liberalismo, José María Luis Mora, quien criticó las ideas de Rodríguez Puebla con los siguientes argumentos:

• • • • •

<sup>9</sup> Andrés Lira González, “Los indígenas y el nacionalismo”, en *El nacionalismo y el arte en México. IX Coloquio de Historia del Arte*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1986, p. 26.

<sup>10</sup> Cfr., Claudio Lomnitz, “Antropología de la nacionalidad mexicana”, en Lourdes Arizpe (coord.), *Antropología breve de México*, México, Academia de la Investigación Científica Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias-Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, pp. 343-371.

[...] este señor, que pretende pertenecer a dicha raza, es una de las notabilidades del país por sus buenas cualidades morales y políticas; su partido, en teoría, es el del *progreso* y en el personal el *yorkino*; pero a diferencia de los hombres que obran en esto de concierto, el señor Rodríguez no limita sus miras a conseguir la libertad, sino que las extiende a la exaltación de la raza azteca y por consiguiente su primer objeto es mantenerla en la sociedad con una existencia propia. Al efecto ha sostenido y sostiene los antiguos privilegios civiles y religiosos de los indios, el *statu* de los bienes que poseían en comunidad, las casas de beneficencia destinadas a socorrerlos y el Colegio en que recibían exclusivamente su educación; en una palabra, sin una confesión explícita, sus principios, fines y objetivos tienden visiblemente a establecer un *sistema puramente indio*.

La administración de [Valentín Gómez] Farías, de acuerdo con todos los que le precedieron, pensaba de distinto modo; persuadida de que la existencia de diferentes razas en una misma sociedad era y debía ser un principio eterno de discordia, no sólo desconoció esas distinciones proscritas de años atrás en la ley constitucional, sino que aplicó todos sus esfuerzos a apresurar la fusión de la raza azteca en la masa general; así es que no reconoció en los actos del Gobierno la distinción de *indios* y no *indios*, sino que la sustituyó por la de *pobres* y *ricos*, extendiendo a todos los beneficios de la sociedad.<sup>11</sup>

Otro ejemplo de este nacionalismo étnico originado en el seno de los mismos grupos indígenas lo proporciona la colección de antigüedades de Felipe Sánchez Solís,<sup>12</sup> quien inspirado por esos ideales, y con los recursos heredados de su familia, construyó en su casa un verdadero museo de antigüedades mexicanas, espléndidamente decorado con pinturas históricas de tema indígena, entre las que figuraban *El Senado de Tlaxcala* de Rodrigo Gutiérrez, y *El descubrimiento del pulque*, de José Obregón. Fausto Ramírez comenta que Sánchez Solís se había propuesto completar su galería mexicanista “con paisajes históricos, con episodios prehispánicos, como uno encomendado a Luis Coto”. También había solicitado al entonces famo-

• • • • •

11 José María Luis Mora, *Obras sueltas*, México, Porrúa, 1963, pp. 152-153.

12 Nació en 1812 en Nextlalpan, Estado de México, y estudió en el Colegio de San Gregorio, donde se recibió de abogado en 1843.

De 1847 a 1851 fue director del Instituto Científico y Literario de Toluca, el innovador centro educativo fundado por Ignacio Ramírez, el hombre de letras y periodista de ascendencia indígena de la época de la Reforma. Siguiendo a Ramírez, Sánchez Solís ingresó a las filas del Partido Liberal, fue amigo cercano de Benito Juárez y ocupó varios cargos políticos.

so pintor José María Velasco un lienzo con el tema de la *Ceremonia del Fuego Nuevo*, y a Felipe Santiago Gutiérrez retratos históricos representando “a sus antepasados indígenas”.<sup>13</sup>

El *museo* de Sánchez Solís era una creación singular e innovadora, a tal punto que los cubanos José Martí y Antenor Lascano, avecindados entonces en México, publicaron en 1875 el siguiente comentario en la *Revista Universal*:

Allí, en un salón decorado con motivos neoztecas, Sánchez Solís tenía instalada su colección de “Antigüedades mexicanas”. Para dar mayor lucimiento a este conjunto de piezas arqueológicas, tenía planeado cubrir las paredes con grandes pinturas en las que estarían representados los más notables episodios de la historia antigua [Sánchez Solís] fue uno de los más firmes mecenas de los pintores académicos (en especial de Felipe J. Rodríguez, José Obregón, Rodrigo Gutiérrez y José María Velasco) [...] Puso particular empeño en propiciar la formación y el desarrollo de “un arte y una literatura realmente nacional” y, para ello, reunía en su casa a pintores, grabadores, músicos y escritores.<sup>14</sup>

El caso de Sánchez Solís no es excepcional, pues en distintas regiones, como en el sur, hay muestras significativas de revaloración del pasado, la cultura y los héroes indígenas.<sup>15</sup> Este giro hacia la raíz indígena de la patria fue motivado en buena medida por el contacto con el exterior. La Independencia, al colocar al país en posición de igualdad legal ante los demás, reveló su atraso frente a Europa, y a su vez, esa confrontación con el mundo desarrollado dio origen a los proyectos de progreso, competitividad y cosmopolitismo que caracterizarían a la era porfiriana. Al ponerse cara a cara con la industria y la cultura occidentales, la primera reacción de los políticos mexicanos fue lanzar al país a la consecución de esos niveles de progreso, una carrera que irremisiblemente provocó la dicotomía de anhelar ser “tan avanzados y cosmopolitas” como los europeos, y de valorar los logros de la civilización indígena con los cánones occidentales. La paradoja de



13 Fausto Ramírez, “El proyecto artístico en la Restauración de la República”, en Jaime Soler Frost (ed.), *op. cit.*, 2003, pp. 66-72.

14 Citado por Fausto Ramírez, “El proyecto artístico...”, *op. cit.*, 2003, pp. 66 y 67.

15 Yucatán es uno de los estados donde florece con fuerza la reivindicación de la cultura y el pasado indígenas. Esta tendencia alcanza una expresión vigorosa en el libro que publicó más tarde Antonio Médez Bolio, *La tierra del faisán y del venado*, Buenos Aires, Contreras y Sanz, 1922.



este reencuentro con los orígenes es que se produce, como bien lo ha señalado Mauricio Tenorio, la dicotomía del cosmopolitismo y el nacionalismo.<sup>16</sup>

De manera semejante Francisco Javier Clavijero en el siglo XVIII tuvo que acudir a la dialéctica y el razonamiento de la Ilustración para combatir las tesis denigratorias de los europeos acerca de América, así también en la primera mitad del siglo XIX los mexicanos recurrieron a los conocimientos y tesis científicas europeas para reivindicar la originalidad de la cultura mesoamericana. No puede olvidarse que el libro de Alexander von Humboldt,<sup>17</sup> fue el primero en dar a conocer en Europa los monumentos y códices americanos antiguos en 69 láminas que mostraban la riqueza y originalidad de esas culturas. Pero la obra que cambió las interpretaciones sobre la antigüedad americana fue el libro de John Stephens, el cual estaba ilustrado con los magníficos grabados de su compañero de viaje Frederick Catherwood.<sup>18</sup>

Como otros viajeros cultos de su época, el estadounidense Stephens y el inglés Catherwood fueron atraídos por el exotismo de los países tropicales y la leyenda de que sus selvas impenetrables escondían ciudades ignotas. Ambos compartían la idea de que esas tierras estaban habitadas por aborígenes bárbaros, sin tradiciones culturales. Así, cuando en sus recorridos por la selva sorpresivamente se encontraron con una estela de Copán bellamente labrada, no pudieron menos de reconocer que estaban frente a una obra de arte. América, anotó Stephens, no era tierra de salvajes. ¡Tenía también obras de arte!, entusiasmado por ese descubrimiento escribió:

Salvo que yo esté equivocado tenemos una conclusión mucho más interesante y maravillosa que la de conectar a los constructores de estas ciudades con los egipcios o con cualquier otro pueblo. Es el espectáculo de un pueblo hábil en arquitectura y pintura, y diestro más allá de toda duda, en otras artes [...] no derivadas del Viejo Mundo, sino originadas y crecidas aquí sin modelos ni maestros, y que, por lo mismo, las hace poseer una existencia separada e independiente, tal como ocurre con las plantas y frutas del

• • • • •

<sup>16</sup> Mauricio Tenorio, *Mexico at the World's Fair: Crafting a Modern Nation*, Berkeley, University of California Press, 1996.

<sup>17</sup> Alexander von Humboldt, *Vista de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1974. Esta obra fue publicada por primera vez en 1810 en París y Londres.

<sup>18</sup> John Lloyd Stephens, *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, Nueva York, Harper, 1841.

suelo indígena [fig. 3] [Justino Fernández advierte que Stephens] Fue el primero que reveló en todo su valor y grandiosidad la belleza del arte maya [...] vio el arte maya como original e independiente del pasado clásico occidental y con el mismo valor estético que aquél; por lo tanto reivindicó la cultura maya y por consecuencia las de América, arrancándoles los epítetos tradicionales de bárbaros o salvajes; considerando ese pasado indígena como la herencia clásica de América.<sup>19</sup>

Pero quizá, como afirma Mary Ellen Miller, la contribución más importante de Stephens:

Fue reconocer simplemente que los pueblos indígenas de Chiapas, Yucatán, Guatemala [Belice] y Honduras eran mayas y hablaban maya, y eran los descendientes de los antiguos pobladores que habían construido las ciudades, tallado las esculturas de sus dioses y reyes y escrito los jeroglíficos que recogían su lenguaje.<sup>20</sup>

Las obras de Humboldt y Stephens atrajeron la atención de una nueva generación de viajeros, científicos, historiadores y arqueólogos. A ellos se debe la primera edición de obras maestras mesoamericanas, el descubrimiento de otras ciudades, monumentos y textos indígenas, el registro científico de los monumentos y jeroglíficos mayas, el primer libro sobre la historia del arte maya y una definición de las culturas mesoamericanas a partir de sus propias pictografías, símbolos, cosmovisión y obras de arte.<sup>21</sup>

El interés extranjero por las antigüedades mexicanas y su revaloración científica y estética, estimuló a su vez el estudio de los mexicanos por su pasado. Así, la atracción que comenzó a ejercer el periodo prehispánico en el medio político y cultural porfirista tuvo una demostración vigorosa en el apoyo que el gobierno le otorgó al rescate de esa época. En 1877 se inicia la publicación de los

• • • • •

<sup>19</sup> Citado en Justino Fernández, *Coatlilcue: estética del arte indígena antiguo*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1959, pp. 123-125. Fernández sigue aquí el estudio de Juan Antonio Ortega y Medina, "Monroísmo arqueológico. Un intento de compensación de americanidad insuficiente", en *Cuadernos Americanos*, núm. 5 y 6, año XII, 1953.

<sup>20</sup> Mary Ellen Miller, *Maya Art and Architecture*, Londres, Thames and Hudson, 1999, p. 21.

<sup>21</sup> Cfr., Enrique Florescano, *Etnia, Estado y Nación*, México, Taurus, 1996, pp. 392-393.

*Anales del Museo Nacional*, revista que propició el estudio de la arqueología, la historia, las lenguas, las etnias y el arte de los pueblos indígenas. Con ese ambiente favorable se publicaron las primeras obras modernas acerca de la historia más antigua.

Manuel Orozco y Berra publicó su *Geografía de las lenguas y Carta etnográfica de México* en 1864, y poco más tarde la importante *Historia antigua y de la conquista de México* (1881), que significó una revaloración profunda de esa época. Antonio Peñafiel presentó *Monumentos del arte mexicano antiguo* (1889), que continuó la difusión de las antigüedades mexicanas iniciada por Humboldt. Cecilio Robelo publicó el *Diccionario de mitología náhuatl* (1908). Alfredo Chavero escribió un libro entero dedicado a la época prehispánica en *México a través de los siglos*, y fue autor de obras de teatro de tema histórico antiguo (*Xóchitl y Quetzalcóatl*). El veracruzano Francisco del Paso y Troncoso, el historiador más distinguido de esa época, inició la publicación de los códices y textos antiguos, acopió una extensa colección de documentos mexicanos en repositorios europeos y editó una serie de papeles relativos a Mesoamérica y el Virreinato. Nunca antes se había hecho una indagación tan profunda de las raíces históricas del país, ni se había promovido una difusión tan amplia de esos conocimientos.<sup>22</sup>

Esta oleada indigenista tuvo un momento exaltado en 1880, cuando la Cámara de Diputados se convirtió en arena de una sorpresiva polémica acerca del destino del patrimonio arqueológico. Ante una propuesta del diputado Justo Sierra, quien había apoyado la solicitud del arqueólogo francés Désiré Charnay en el sentido de que se le autorizara embarcar a su país parte de los monumentos arqueológicos que había rescatado, los representantes del Congreso votaron

• • • • •

<sup>22</sup> El interés de los políticos, científicos e intelectuales del Porfiriato por el mundo prehispánico, puede verse en las noticias que acerca de esa época aparecieron en la prensa periódica. Véase María del Carmen Valderrama y Ana María Velasco Eizaguirre, *El arte prehispánico en el Porfiriato*, tesis para obtener el grado de licenciada en Historia del Arte, México, Universidad Iberoamericana, 1981; Sonia Lombardo de Ruiz, *El pasado prehispánico en la cultura nacional. Memoria hemerográfica, 1877-1911*, 2 vols., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1994; Silvio Zavala, *Francisco del Paso y Troncoso. Su misión en Europa*, México, Departamento Autónomo de Prensa y Publicidad, 1938. Durante la segunda mitad del siglo XIX nacieron diversas agrupaciones como: La Sociedad de Historia Natural (1869), Academia de Literatura (1875), Sociedad Arqueológica (1893), que se propusieron revalorar las raíces prehispánicas y las lenguas indígenas. Véase Carlos A. Forment, *Democracy in Latin America 1760-1900*, Chicago, University of Chicago Press, 2003, pp. 396-397.

unánimemente en contra.<sup>23</sup> Esta disputa confirmó la identidad que en este tiempo los representantes de la nación política creían tener con su pasado indígena. Al contrario de la situación que prevalecía en la primera mitad del siglo, esa polémica puso en claro que hacia 1880 los dirigentes políticos se sentían herederos y custodios de las antiguas civilizaciones que se desarrollaron en el territorio nacional.<sup>24</sup>

Al lado de los políticos y los historiadores, los constructores de la nación fueron los escritores. Guillermo Prieto, por ejemplo, fue el autor más leído de su tiempo y el mejor retratista del dividido mosaico que entonces era México. En sus novelas y en el teatro, pero sobre todo en sus crónicas y poemas, Prieto recoge “los rasgos y el espíritu del siglo XIX mexicano”.<sup>25</sup> Su obra recupera las tradiciones populares, los sentimientos y el sabor popular. Por su parte, Ignacio Manuel Altamirano se propuso nada menos que forjar la nación liberal moderna. Para alcanzar esa meta quiso primero “forjar una nación a partir de una literatura” que expresara el carácter nacional. Por entregarse plenamente a esa tarea, José Joaquín Blanco afirma que todo lo que hay de “moderno en la literatura nacional —incluyendo el propio propósito de hacerla nacional— parte de Altamirano, con sus caídas y sus errores, sus contradicciones y sus prejuicios y, desde luego, con sus brotes de fulgor y de entusiasmo”. Por la diversidad de las empresas que emprende y los conocimientos que despliega para conocer la entraña de su país, Blanco considera que Altamirano “es el fundador de la cultura moderna de México”.<sup>26</sup>

### LA PATRIA MESTIZA DE MÉXICO A TRAVÉS DE LOS SIGLOS

La meditación sobre los orígenes que recorre estos años condujo a un descubrimiento mayor. La revisión intensa del pasado y el escrutinio de las diferencias,



23 Véase Désiré Charnay, *Ciudades y ruinas americanas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.

24 Clementina Díaz y de Ovando, *Memoria de un debate (1880). La postura de México frente al patrimonio arqueológico nacional*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1990; y Barbara A. Tenenbaum, *Mexico and the Royal Indian-The Porfiriato and the National Past*, Baltimore, Latin American Studies Center/University of Maryland, 1994.

25 José Joaquín Blanco, “Prieto: viajes de fuerza mayor”, en *Crónica literaria: un siglo de escritores mexicanos*, México, Cal y Arena, 1996, pp. 19-40.

26 José Joaquín Blanco, “Altamirano: letras mesiánicas”, en *op. cit.*, 1996, pp. 41-51.

negaciones y contradicciones que se advertían entre una época y otra, llevó a la generación de la Reforma a proponer una nueva interpretación de la formación histórica de la nación. José María Vigil y otros intelectuales habían observado que la condena o exaltación del pasado prehispánico, por un lado, o el vituperio del virreinato como una época dominada por el oscurantismo religioso, por el otro, eran obstáculos formidables para el conocimiento de la propia historia, y motivo de discordia antes que de unión entre los mexicanos.<sup>27</sup> Vicente Riva Palacio, el destacado político, periodista, novelista y defensor armado de la patria, llegó a la misma conclusión y fue el primero en diseñar una gran empresa historiadora que le brindara unidad y coherencia a los distintos pasados del país que entonces contendían uno contra el otro. Riva Palacio imaginó un libro que contara las diversas historias de la nación con un hilo conductor unitario. En esa búsqueda encontró que las doctrinas entonces en boga de Augusto Comte, Herbert Spencer y Charles Darwin podrían servir a ese propósito, pues sus obras sostenían la tesis de la evolución continua de la naturaleza y las sociedades humanas.<sup>28</sup>

Riva Palacio era un hombre de curiosidad inagotable. Se educó en un medio familiar y cultural abierto, que le permitió desarrollar talentos variados y cultivar la amistad de personas formadas en distintas disciplinas y actividades. Así que cuando decidió que su obra tenía que ser, como reza su subtítulo, una “Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual”, no dudó en invitar, entre el extenso catálogo de sus amistades, a los intelectuales más calificados. Tuvo el acierto de obtener también la colaboración de Antonio Ballezá, propietario de una de las empresas editoriales de mayor prestigio, y el apoyo del gobierno, desde el mismo presidente hasta el último de los archivistas de los ministerios de Estado. Con esos recursos y talentos compuso la primera gran obra colectiva del devenir histórico de México, desde los tiempos prehispánicos hasta la Reforma.

• • • • •

27 Véase José María Vigil, “Necesidad y conveniencia de estudiar la Historia Patria”, en Juan Antonio Ortega y Medina (comp.), *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1970, pp. 257-278.

28 Acerca de la influencia de las ideas de evolución en los positivistas y científicos mexicanos véanse: Henry C. Schmidt, *The Roots of the Mexican Self and Society in Mexican Thought 1900-1934*, College Station Texas, Texas A/M University, 1978; Vicente Riva Palacio (ed.), *México a través de los siglos*, 5 vols., México, Ballezá y Cía. Editores, 1884-1889, y particularmente la introducción al vol. II.

Tres rasgos abonaron el éxito inusitado de este libro. Primero, *México a través de los siglos* integró en una misma obra los distintos pasados del país. En lugar de estar distanciados o de chocar y pelear entre sí, el pasado prehispánico, el virreinato y la época moderna comparecían unidos en este libro, formando distintas etapas de un mismo desarrollo nacional. El primer volumen mostraba que México, al igual que las viejas naciones de Europa, tenía un pasado remoto, creador de civilización y fundador de reinos memorables. El periodo virreinal, el más denostado por la historiografía liberal, aparecía como el parteaguas gestador de una época nueva. Era el catalizador de culturas contrastadas que dieron origen a la nación mestiza. Así, esa obra proponía una visión integrada, donde el mundo prehispánico quedaba “consustancialmente vinculado al devenir nacional”, mientras que el virreinato, al ser considerado como la etapa donde se formó el pueblo nuevo:

[...] se revela como la época en que se inicia y desarrolla un proceso evolutivo que tiene por base el cruzamiento físico y espiritual de conquistadores y conquistados. Este es —decía Edmundo O’Gorman— el acontecimiento capital de nuestra historia, el que permite comprender cómo dos pasados ajenos son, sin embargo, propios.<sup>29</sup>

Los siguientes volúmenes estaban dedicados a la Independencia y la Reforma, las épocas fundadoras de la nación moderna.

El segundo logro de *México a través de los siglos* fue presentar los distintos pasados como si formaran parte de un mismo proceso evolutivo, cuyo transcurso iba forjando la deseada integración y cumplía las “leyes inmutables del progreso”. La idea de evolución que predomina en esta obra le da sustento a la tesis que propone una lenta fusión de la población nativa con la europea y la progresiva integración del territorio, y hace concluir esos procesos en la fundación de la

• • • • •

<sup>29</sup> Edmundo O’Gorman, *Seis estudios históricos de tema mexicano*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1960, pp. 213-216; Vicente Riva Palacio, *México...*, *op. cit.*, 1884-1889, vol. II, pp. 32-33. Antes de la obra de Riva Palacio hubo dos intentos de abarcar la historia completa de México. El primero de Ignacio Álvarez, *Estudios sobre la historia general de México*, 6 vols., Zacatecas, Mariano Ruiz, 1870-1877. El segundo, Niceto de Zamacois, *Historia de Méjico: desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días*, 20 vols., Barcelona, J. F. Parres, 1876-1882. No obstante, ambas obras, por su tamaño desmesurado y su posición conservadora, no lograron imponerse en el público.

república. El resultado de esta marcha evolucionista a lo largo de la historia vino a ser la constitución de la nueva nación.<sup>30</sup>

El tercer acierto debe atribuirse a su envoltura. Sus cinco lujosos volúmenes resumían el conocimiento acumulado sobre el inmenso pasado en periodos y capítulos escritos en una prosa clara, precisa, aleccionadora. La exposición templada y ecuaníme de los episodios más dramáticos que había vivido el país, aunada a la cualidad de ser la primera obra abarcadora de todos sus pasados, la convirtieron en el relato ejemplar de la historia mexicana. A estas virtudes se sumó un despliegue iconográfico que no se había visto nunca en los libros de historia. Vicente Riva Palacio cuidó en persona que toda la obra estuviera acompañada de dibujos, grabados y litografías del paisaje, los monumentos y las ciudades, retratos de personajes, copias de documentos, mapas, firmas y testimonios gráficos que por sí mismos representaban diversos escenarios de la historia de la nación.

La suma de todas esas virtudes hizo de *México a través de los siglos* la primera obra que daba cuenta de la formación histórica de la nación mexicana y era un recuento de las contradicciones, fracasos y triunfos que delinearon su formación política, una narración que fluía del pasado hacia el presente y concluía con la tesis de que esa diversidad era la verdadera naturaleza de México, una nación mestiza formada por diversas raíces históricas, étnicas y culturales. La tesis que manejó Riva Palacio en el libro dedicado al virreinato es que en esa época comenzó la forja de la nación mestiza. Quien tuvo a su cargo las portadas de *México a través de los siglos*, asumió la misma tesis, pues la nación aparece representada en el primer volumen por una joven ornada por una corona de olivo y sosteniendo en su mano derecha una pluma y un libro, que simbolizan la historia de la república mexicana y su Constitución. La joven aparece rodeada de símbolos de identidad, tales como cactus y palmas que corresponden a los variados nichos ecológicos del territorio. Atrás de ella sobresale el escudo indígena de la nación, la imagen del águila y la serpiente sobre el nopal emblemático, y los retratos de Moctezuma, Cortés, Hidalgo y Juárez, que dan cuenta de su desarrollo histórico.

En el frontispicio del segundo volumen se representa a la patria criolla en una imagen donde predominan los iconos religiosos (el fraile, la cruz), que simboli-

• • • • •

30 José Ortiz Monasterio, *La obra historiográfica de Vicente Riva Palacio*, tesis para obtener el grado de doctor en Historia por la Universidad Iberoamericana, 1999, pp. 434, 448, 470 y 522-523.

zan la participación de la iglesia en la forja de la patria criolla.<sup>31</sup> La imagen que adorna la portada del tercer volumen es la de una mujer indígena que renace como el ave fénix de las ruinas del campo de batalla y empuña en sus manos una espada y la bandera nacional y celebra la Independencia (fig. 4). La imagen de la mujer que aparece en el frontispicio del volumen cuarto se eleva sobre las ruinas de la guerra (izquierda) y las tumbas de los fundadores de la nación independiente: Agustín de Iturbide y Vicente Guerrero (derecha). Representa la imagen terrible de la patria vuelta contra sí misma, inmersa en un escenario de guerra, ruina y destrucción, provocado por las luchas intestinas, las invasiones extranjeras y la quiebra económica (fig. 5). En contraste con este escenario desolador, la imagen femenina del último volumen representa la república liberal triunfante, que se eleva en lo alto de un cielo azul y esperanzador, llevando en sus manos la Constitución de 1857 y ciñendo en su frente la corona de hojas de olivo de la paz (fig. 6). Esta imagen de la patria mestiza, moderna y lanzada hacia el progreso es, como se advierte, una imagen de la patria liberal.

#### LA PROYECCIÓN DE LA NACIÓN EN EL ÁMBITO INTERNACIONAL

La interpretación evolutiva del pasado, y la revaloración del mundo mesoamericano por los científicos europeos y por un grupo de historiadores y sabios mexicanos, promovieron un proceso irrefrenable de identidad con el mundo indígena. Es una representación que se puede apreciar en la imagen de México que el gobierno porfirista quiso proyectar en el exterior. En la Feria Internacional de París de 1889 —ciudad que la elite mexicana consideraba la capital de la cultura y el faro de la civilización—, el gobierno de Porfirio Díaz decidió estar presente con el doble cometido de participar en la Feria donde iban a exhibirse los avances científicos e industriales de las naciones más desarrolladas, y con la mira de mostrar sus propias credenciales para formar parte del concierto de naciones encarriladas en la senda del Progreso. Pero para mostrar sus adelantos en materia agrícola, industrial y comercial, así como la acelerada modernización ocurrida en las últimas décadas, los representantes del gobierno porfirista optaron por exhibir

• • • • •

31 Para un análisis más amplio véanse: Enrique Florescano, *Historia de las historias de la nación mexicana*, México, Taurus, 2002; José Ortiz Monasterio, *op. cit.*, 1999.



ese cúmulo de logros bajo la fachada arcaizante de un Palacio Azteca (fig. 7). En un incisivo estudio acerca del pabellón mexicano de la Feria de París, Mauricio Tenorio explica las artes puestas en juego para mostrar, por una parte, el rostro de una nación moderna, y por otro lado, la imagen de un país anclado en sus raíces indígenas y en su peculiar conformación histórica y social.<sup>32</sup> Es decir, el pabellón mexicano era una imagen ambivalente de un proceso asentado en los ideales de modernización de las naciones industrializadas, por una parte, y por otra, una expresión de su peculiar formación histórica: “una entidad nacional dotada de un pasado glorioso, pero deseosa de ajustarse a los dictados del nacionalismo cosmopolita y pronta a vincularse con la economía internacional”.<sup>33</sup>

Esta dualidad conceptual era el signo que habitaba las salas del Palacio Azteca instalado a unos pasos de la Torre Eiffel, el icono que simbolizó esa feria. Su arquitectura y ornamentación eran una mezcla de cariátides, esculturas de gobernantes, dioses y monumentos aztecas, acompañadas por las pinturas de historia ganadoras de los certámenes convocados por la Escuela Nacional de Bellas Artes,<sup>34</sup> y una colección de bellos paisajes de José María Velasco, cuyas pinturas eran ya, en ese tiempo, parte consustancial de la iconografía nacionalista. Al lado de esa imagen del pasado y la cultura de la nación, en el interior de las salas se exponían sus principales ramos de exportación (oro, plata, henequén, café, cacao, tabaco), una muestra de sus productos industriales, un listado de las oportunidades que se ofrecían para invertir en estos rubros, y un despliegue orgulloso de las obras públicas realizadas por el gobierno de Díaz (ferrocarriles, telégrafos, escuelas, hospitales). La imagen final de este mensaje decía que México era un país moderno, estable, que había iniciado la marcha hacia el progreso conducido por un gobierno comprometido con los desafíos que le imponía la coyuntura internacional.

## CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA Y EXALTACIÓN DE PORFIRIO DÍAZ

La compulsión de crearle una identidad histórica y cultural a la nación independiente fue una ambición compartida por los gobiernos conservadores y liberales.

• • • • •

<sup>32</sup> Mauricio Tenorio, *op. cit.*, 1996, caps. 5, 6 y 7.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 64.

<sup>34</sup> *El descubrimiento del pulque* de José Obregón, *El senado de Tlaxcala* de Rodrigo Gutiérrez, entre otras.

Pero sólo durante el largo gobierno de Díaz hubo la paz y la disponibilidad económica para imprimirle a la recuperación del pasado un nuevo aliento. Como se ha visto antes, desde el primer gobierno de Díaz se manifiesta un interés decidido por apoyar el estudio del pasado remoto y se asiste a una revaloración de las culturas indígenas. Entre 1890 y 1910 las imágenes que provienen de este pasado se convierten en icono nacionalista y en emblema del Estado porfiriano. Bajo la dirección de Francisco del Paso y Troncoso, y con el apoyo de Justo Sierra en el ministerio de Educación, el antiguo *Museo mexicano* vino a ser un edificio privilegiado en el escenario cultural de la capital y un centro de acumulación de conocimientos y formación de nuevos especialistas (historia, lingüística, etnografía, arqueología). En 1895 fue la sede del Congreso Internacional de Americanistas y en 1911 la residencia de una innovadora Escuela Internacional de Arqueología y Etnografía Americanas.

Durante las fiestas que celebraron el Centenario de la Independencia este museo fue uno de los lugares más concurridos. Entonces se transformó su contenido y se inauguraron nuevas salas dedicadas a: la historia antigua, el virreinato y la era republicana. Por primera vez los distintos espacios del museo mostraron el desenvolvimiento histórico del país, siguiendo la secuencia cronológica establecida por *México a través de los siglos*. Pero la pieza fuerte era la Sala de Monolitos, el área más espaciosa, donde se habían reunido las obras monumentales de la Piedra del Sol, la Coatlicue, la llamada piedra de Tizoc, un Chac Mol, la cabeza colosal de Coyolxauhqui, una serpiente emplumada y otras esculturas de grandes dimensiones. Así, por obra de un cuidadoso despliegue museográfico, los monumentos de la antigüedad, principalmente los de estirpe azteca, pasaron a ocupar el lugar de símbolos de la identidad mexicana.<sup>35</sup> La relación entre ese pasado remoto y la actualidad porfiriana la selló el traslado a una de sus salas de la pila donde se había bautizado a Hidalgo, el fundador de la nación moderna.<sup>36</sup>

En esta nueva concepción del museo la recuperación del pasado se convirtió en un instrumento poderoso de identidad nacional, y el museo en un



<sup>35</sup> Enrique Florescano, *El mito de Quetzalcóatl*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

<sup>36</sup> Cfr., Genaro García, *Crónica oficial de las fiestas del primer Centenario de la Independencia de México*, México, Centro de Estudios de Historia de México, 1991, pp. 182-186; Annick Lempérière, "Los dos centenarios de la independencia mexicana (1910-1921), de la historia patria a la antropología cultural", en *Historia Mexicana*, vol. XLV, núm. 2, octubre-diciembre, 1995, p. 326, nota 13.

santuario de la historia patria. A su vez, la historia patria vino a ser el eje de un programa escolar que transmitió la idea de una memoria nacional asentada en un pasado compartido por los diversos componentes de la población. Como se ha visto antes, esta propuesta se presentó por primera vez en *México a través de los siglos*, más tarde esa idea de la historia se plasmó con mayor fuerza en *México: su evolución social*, la obra colectiva que dirigió Justo Sierra con el propósito de presentar el pasado como un proceso evolutivo continuo y como un recuento optimista de los adelantos materiales logrados en la era de la paz y el progreso.<sup>37</sup>

Así, a lo largo de un proceso complejo y mediante una imbricación entre la pintura, la litografía, el grabado, el libro de viajes, la narración histórica, el mapa, el museo y los medios de difusión modernos se creó una nueva imagen del país. En las cartas geográficas el territorio apareció claramente demarcado, con la particularidad de que sus diversas regiones tenían una identidad y un pasado propios, pues una serie de estampas mostraba su rostro cambiante a través del tiempo, sus paisajes y personajes icónicos, anudados en el hilo de la historia nacional. No es un azar que inmediatamente después de la guerra de 1847 y de la invasión francesa, surgiera una reconstrucción del pasado que *imaginó* a un país variado y, sin embargo, único en *Los mexicanos pintados por sí mismos* (1855), *México y sus alrededores* (1855-1856), *Las glorias nacionales* (1867-1868), *México y sus costumbres* (1872), *Hombres ilustres mexicanos* (1873-1875), hasta culminar con la suma de todas esas recuperaciones el *Atlas pintoresco e histórico de los Estados Unidos Mexicanos* (1885) de Antonio García Cubas.<sup>38</sup>

Asimismo, no fue un azar que José María Velasco, dedicara su talento a registrar y exaltar los escenarios naturales con la intención de vincularlos con temas históricos. Como ha hecho notar Jorge Cañizares-Esguerra, los pintores del paisaje mexicano rara vez se interesaron en los escenarios selváticos o naturales por sí mismos, y cuando fueron atraídos por ambientes de ese talante casi siempre los relacionaron con el medio urbano o los acontecimientos históricos ahí ocurridos.

• • • • •

<sup>37</sup> Justo Sierra, *México, su evolución social: síntesis de la historia política...*, México, J. Ballezá, 1900; Enrique Florescano, *Tiempo, espacio y memoria histórica entre los mayas*, Tuxtla Gutiérrez, Instituto Chiapaneco de Cultura/Gobierno del Estado de Chiapas, 1992, pp. 62-63.

<sup>38</sup> Enrique Florescano, *op. cit.*, 1996, pp. 396-397.

Por ejemplo, la obra *México y sus alrededores* ilustrado por Casimiro Castro,<sup>39</sup> está dominado por vistas y paisajes cuyo centro es la capital del país. Asimismo, en los espectaculares paisajes del Valle de México que debemos a la mano de Velasco, advertimos que éste, al igual que “Riva Palacio y Altamirano, se valió de la naturaleza para construir una imagen mestiza de la nación”.<sup>40</sup> Sus pinturas del *Valle de México desde el cerro de Atzacualco* (1873) (fig. 8) y del *Valle de México desde el cerro de Santa Isabel* (1877), son un intento de trasladar la historia al paisaje, o de hacer del paisaje un testimonio histórico. En el primero vemos cómo la tierra indígena se transforma, con el lago y los volcanes como testigos, en la ciudad moderna. Y en el segundo se advierte, en el primer plano del paisaje grandioso que se pierde en los volcanes y las montañas lejanas, el nopal y el águila real, los emblemas indígenas que simbolizaban la fundación de México-Tenochtitlán, la nación originaria.

El *Atlas* de García Cubas incorporó en sus páginas estos variados intentos de representar en pinturas la historia de la nación, pues fue concebido como una galería donde se escenificaba la construcción de la república. Contenía un catálogo de sus fisonomías hasta entonces reconocidas: la carta política, etnográfica, eclesiástica, orográfica, hidrográfica, marítima, agrícola y minera, cada una ilustrada con sus rasgos físicos e históricos sobresalientes. Por primera vez presentaba una carta arqueológica, acompañada de los monumentos notables que albergaba el Museo Nacional. Incluía también una carta política del reino de la Nueva España, escoltada por una galería de los virreyes. Así, el territorio, los distintos pasados y la variada situación actual aparecían integrados en un solo libro, que desde entonces adquirió la fama de compendio de la mexicanidad, una suerte de relicario laico de lo mexicano.<sup>41</sup> De este modo, mediante el uso alternativo de la pintura, el periodismo gráfico, los monumentos públicos, el museo, el

• • • • •

<sup>39</sup> *México y sus alrededores*, México, Decaen, 1855-1856.

<sup>40</sup> *Ibid.*, cap. 5.

<sup>41</sup> Antonio García Cubas, *Cuadro geográfico, estadístico, descriptivo e histórico de los Estados Unidos Mexicanos. Obra que sirve de texto al atlas pintoresco*, México, Secretaría de Fomento, 1885. Véase otros usos de la cartografía para conformar la idea de nación en Mauricio Tenorio, *op. cit.*, 1996, pp. 130-133; y el estudio reciente de Raymond B. Craib, “A Nationalist Metaphysics: State Fixations, National Maps and the Geo-Historical Imagination in Nineteenth Century Mexico”, en *Hispanic American Historical Review*, vol. 82, núm. 1, 2002, pp. 33-68.

mapa, el calendario cívico y el libro, los gobiernos de fines de siglo imprimieron en la población la imagen de un México sustentado en un pasado antiguo y glorioso, próspero en el presente y proyectado hacia el futuro, como lo expresa con gran fuerza una alegoría de Casimiro Castro del México independiente .

La celebración del Centenario de la Independencia en septiembre de 1910, vino a ser la coronación del imaginario nacionalista forjado por los políticos e intelectuales del Porfiriato. Esta apoteosis del patriotismo fue cuidadosamente planeada, de tal manera que una porción sustantiva del excedente económico generado en ese tiempo se aplicó a los costosos monumentos y obras públicas que entonces se inauguraron, así como a las incontables recepciones, fiestas, ceremonias, conferencias, congresos, desfiles, paseos, exposiciones y ornatos que hicieron de esa conmemoración la más lucida en la historia de los fastos nacionales. El Centenario de la Independencia se celebró en todo el territorio, pero los festejos significativos tuvieron lugar en la capital de la república, como lo muestra la *Crónica oficial* de esa efeméride.<sup>42</sup>

Los festejos del Centenario comenzaron el 14 de septiembre de 1910 con una *Gran procesión cívica* formada por todos los sectores de la sociedad y un homenaje luctuoso a los restos de los héroes de la Independencia en la catedral. Al día siguiente, 15 de septiembre, tuvo lugar el tradicional desfile, que en esta ocasión ofreció una representación de los momentos fundadores de la nación: la Conquista, el Virreinato y la Independencia. Cada una de esas épocas fue representada por cuadros escenográficos en los que participaron cientos de personas que revivieron en forma teatralizada sus momentos significativos: el encuentro entre Hernán Cortés y Moctezuma, el *Paseo del Pendón* (la ceremonia con la que las autoridades coloniales celebraban el aniversario de la Conquista de México) y la entrada triunfal del Ejército Trigarante en la capital el 27 de septiembre de 1821. La *Crónica oficial* decía que este espectáculo fue aplaudido por más de 50 mil espectadores. Mauricio Tenorio interpreta este *Desfile histórico* como un artilugio diseñado para grabar en la memoria de los sectores populares los episodios

• • • • •

<sup>42</sup> Genaro García, *op. cit.*, 1991. También véanse Anick Lempérière, *op. cit.*, 1995, pp. 317-352 y Mauricio Tenorio, "1910 Mexico City. Space and Nation in the City of the *Centenario*", en William H. Bessley y David Loret (comps.), *¡Viva México! ¡Viva la Independencia!*, Wilmington, Scholarly Resources, 2001, pp. 167-197, donde se muestra que los festejos del Centenario se comenzaron a planear desde 1907 y fueron dirigidos por una Comisión Nacional del Centenario.

consagrados por la historia oficial.<sup>43</sup> En la noche tuvo lugar la ceremonia del *Grito*, enmarcada por la novedad espectacular de la iluminación eléctrica. La *Crónica oficial* narra que la iluminación de las casas, plazas, calles y edificios públicos formaba “un verdadero manto de luz” que envolvía la ciudad, un tema que suscitó los adjetivos más elogiosos para encomiar ese alarde del progreso. El día siguiente se inauguró la columna de la Independencia, el monumento que por su grandiosidad y simbolismo se convirtió en el emblema de la nación moderna. En su base, esculpidas en mármol de Carrara, destacaban las figuras de Miguel Hidalgo, José María Morelos, Vicente Guerrero, Francisco Javier Mina y Nicolás Bravo, y su fuste esbelto estaba rematado por la victoria alada, el símbolo de la patria liberada. El 18 del mismo mes se inauguró el monumento a Benito Juárez, diseñado en estilo neoclásico y realizado en mármol y bronce, como la columna de la Independencia. Mediante este monumento solemne, Porfirio Díaz, enemigo político de Juárez, reconoció la deuda que la república tenía con el impulsor de las Leyes de Reforma que establecieron las bases del Estado liberal y con el defensor de la integridad de la nación frente a las agresiones imperialistas.

Así, con la inauguración de estas dos obras grandiosas se completó el eje patriótico que Vicente Riva Palacio había imaginado 20 años atrás. El Paseo de la Reforma, con sus monumentos a Cuauhtémoc, Cristóbal Colón, la estatua ecuestre de Carlos IV, la Columna de la Independencia y el mausoleo a Benito Juárez, era una síntesis de los episodios edificadores de la nación, un libro abierto que se leía paseando y un homenaje teatralizado a los héroes de la patria. En las fiestas, inauguraciones y discursos que describe la *Crónica oficial*, las palabras canónicas fueron *Independencia*, *Paz y Progreso*, voces similares a los lemas que identificaban el gobierno de Díaz. De esta manera la conmemoración del Centenario de la Independencia se transformó en un gran teatro político escenificado con solemnidad y derroche de recursos en la capital del país, y focalizado en la persona de Díaz. En cada una de esas ceremonias emergía, en la escena final, la figura imponente del presidente de la república, cuya imagen recorría luego las capitales y ciudades del interior de la república, proyectada por los medios de comunicación.

• • • • •

43 Mauricio Tenorio, *op. cit.*, 2001, pp. 138-140 y Anick Lempérière, *op. cit.*, 1995; en este último se comparan las ceremonias de la celebración del centenario de la Revolución francesa (1889) con las fiestas del centenario mexicano.

La difusión de la imagen de Porfirio Díaz en los festejos del Centenario es una obra maestra de propaganda política, que merece un estudio específico como representación teatralizada del poder presidencial.<sup>44</sup> Aquí sólo me referiré a las imágenes donde Díaz aparece como encarnación de la Patria, la República o la Nación. La *Crónica oficial* del Centenario y el *Album gráfico de la República Mexicana* de Eugenio Espino Barros (1910) contienen la mejor colección de fotografías en las que el presidente encabeza las ceremonias, inauguraciones, desfiles, discursos y homenajes a los héroes de la patria, a los fundadores de la república y a los defensores de la nación.<sup>45</sup>

La clave que explica el esplendor de los festejos del Centenario es el tamaño y la fuerza alcanzados por el Estado porfiriano. En contraste con el perfil disminuido de las fiestas que celebraron la Independencia en 1821 o en la época de Juárez, en 1910 son las instituciones del Estado (los ministerios o secretarías, el Ejército, los gobiernos estatales y municipales, y el aparato administrativo) los ejecutores del vasto programa de celebraciones.<sup>46</sup> Un análisis somero de la *Crónica oficial de las fiestas del Centenario* muestra que en estas instituciones descansó la organización del extenso programa de festejos, la coordinación de los múltiples sectores, burocracias y grupos participantes, y la calculada efectividad de su realización. La eficiencia que habían alcanzado las dependencias del Estado, así como su alto grado de centralización, se entrelazaron para que al lado de las fiestas, desfiles y saraos, tuviera lugar el denso calendario de inauguración de obras públicas. Con perfecto dominio del arte de la manipulación, Porfirio Díaz hizo coincidir el programa de festejos con la apertura de las obras realizadas por su gobierno, y con una serie de exposiciones que reunieron a los diversos sectores productivos (agricultura, ganadería, industria, comercio) y a los gremios de profesionistas (educadores, médicos, ingenieros, arquitectos). Este programa exhaustivo e in-

• • • • •

44 Entre los estudios que revaloran la habilidad política de Díaz sobresale el de Luis Medina, "Porfirio Díaz y la creación del sistema político en México", en *Istor*, año v, núm. 17, 2004, pp. 60-94.

45 Genaro García, *op. cit.*, 1991; Eugenio Espino Barros, *Album gráfico de la República Mexicana, 1910*, México, Müller, 1910; Mauricio Tenorio, *op. cit.*, 2001, p. 190, nota 2.

46 François-Xavier Guerra, *México del Antiguo Régimen a la Revolución*, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1988; Enrique Florescano, *La bandera mexicana: breve historia de su formación y simbolismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998; Genaro García, *op. cit.*, 1991, pp. 398-406.

cluyente culminó con la inauguración de un elenco de nuevas instituciones educativas y culturales: Universidad Nacional, Escuela de Estudios Superiores, Congreso Internacional de Americanistas, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, Museo Tecnológico Industrial, entre otros. De esta manera la celebración del primer centenario de la Independencia se transformó en una exaltación de las obras realizadas por el gobierno de Díaz.

Los festejos del Centenario, además de su proyección internacional ante el cuerpo diplomático y los invitados especiales, y de su relación íntima con los miembros del gobierno, el capital y la Iglesia, tuvieron una repercusión profunda en los sectores medios y populares. Junto a los desfiles, berbenas, bailes, corridas de toros y estallidos pirotécnicos, la Comisión del Centenario promovió una propaganda iconográfica dedicada a estos sectores, que se tradujo en una colección de estampas que festejaban a los héroes de la patria o celebraban la Declaración de Independencia firmada el 28 de septiembre de 1821. Durante los 30 días que duraron estas fiestas proliferaron las medallas conmemorativas con distintas imágenes patrióticas. La fiesta del Centenario impulsó diversos ejercicios de recuperación de la memoria popular, como lo testimonia la publicación en 1910 del *Romancero de la guerra de Independencia* que reunió los cantos dedicados a esta gesta a lo largo de los cien años transcurridos.<sup>47</sup> Asimismo, la abundante colección de estampas, banderas, platos pintados, anillos de puros, tarjetas postales, juegos infantiles y artefactos con imágenes de los héroes de la Independencia, los episodios formadores de la nación y los emblemas de la patria, brindan una idea del alcance popular que tuvo esta celebración y del manejo que de ella hizo el gobierno de Porfirio Díaz.

#### INTERPRETACIONES DE LA PATRIA EN EL SIGLO XIX

Los intelectuales y escritores criollos elaboraron, en los siglos XVII y XVIII, una idea de la patria americana fundada en la exuberancia y riqueza de su territorio, la protección de la Virgen de Guadalupe, la religiosidad católica y el genio creativo de sus pobladores. Los primeros cronistas de esta gesta, fray Servando Teresa de

• • • • •

<sup>47</sup> Manuel Acuña, *et al.*, *Romancero de la guerra de independencia*, 2 vols., México, El Tiempo, 1910; Lucas Alamán, *et al.*, *Episodios históricos de la guerra de Independencia*, 2 vols., México, El Tiempo, 1910.



Mier y Carlos María de Bustamante, describieron los enfrentamientos contra los españoles como una guerra de liberación de la metrópoli e hicieron de sus episodios, héroes y mártires una memoria patriótica. Miguel Hidalgo y José María Morelos fueron declarados padres de la patria en el Congreso Constituyente convocado para definir el basamento político de la nación liberada. Más tarde la República Federal Mexicana que nació en 1824 adoptó como símbolos el antiguo emblema indígena del águila parada en el nopal combatiendo con una serpiente y la bandera tricolor, heredada de la francesa y el Ejército Trigarante de Iturbide. Esta bandera, que lucía en su centro el antiguo escudo de armas de Tenochtitlán, se convirtió en el símbolo de la nación independiente que en los actos públicos expresaba los sentimientos de unidad e identidad nacionales.<sup>48</sup>

En las décadas siguientes la unidad y el patriotismo de los años de la Independencia fueron seguidos por el enfrentamiento entre liberales y conservadores, una guerra fratricida que dividió al país en dos partidos inconciliables. El triunfo de los liberales en la llamada guerra de Reforma (1858-1860) significó el rechazo de la patria criolla y de los emblemas religiosos como fundamento de la república liberal.

Junto a los símbolos y discursos patrióticos enarbolados por los insurgentes, y al lado las instituciones modernas creadas por los liberales, en la primera mitad del siglo XIX es notable la participación de los grupos marginados en la formación de un imaginario patriótico popular, nacido de las pulsiones identitarias de estos sectores. Los símbolos idiosincrásicos de los grupos populares: el águila y el nopal, los volcanes, las pirámides e ídolos prehispánicos, junto con la china poblana, el charro y la Virgen de Guadalupe; son emblemas imprescindibles en los relatos, dramas, teatralizaciones, poemas, pinturas, retablos, artesanías y escenificaciones de la patria y el patriotismo. Con una pujanza incontenible, estos símbolos inundaron los ritos y fiestas populares y se convirtieron en una presencia firme en el imaginario nacionalista. Durante todo este periodo permanecieron como símbolos e imágenes propias de los grupos populares, aun cuando a veces invadieron el imaginario y las representaciones patrióticas de los miembros de la élite liberal y de los conservadores.

En la primera mitad del siglo XIX el súbito desplome del imperio de Iturbide y, más tarde, la cascada de luchas faccionales, guerras civiles e invasiones extranjeras,

• • • • •

48 Enrique Florescano, *op. cit.*, 1998, pp. 113-145.

destruyeron la precaria unidad del país y dieron paso a la ingobernabilidad y la pérdida del territorio. La catástrofe política impulsó el reconocimiento de la debilidad del Estado y puso al descubierto el desgarramiento interno de la nación. Mariano Otero, en un ensayo transido por el escepticismo sobre el futuro, llegó a una conclusión amarga en 1847: “En México no hay ni ha podido haber eso que se llama espíritu nacional porque no hay nación”. Otro liberal, Miguel Lerdo de Tejada, advirtió en la diversidad de etnias y culturas la causa de la desintegración nacional. La multiplicidad de razas, decía, ha sido y es el mayor obstáculo para el desarrollo del país. Le acongojaba reconocer la fragmentación de la sociedad en partes irreductibles y enemigas, sea por el lenguaje, por los orígenes o por las tradiciones, de modo que cada parte seguía caminos que impedían la persecución de metas comunes. Una editorial del periódico *El Siglo* se preguntaba, en el mismo tono desencantado, si México era “realmente una sociedad o una simple reunión de hombres sin los lazos, los derechos y los deberes que constituyen a aquélla”.<sup>49</sup> Así, hubo que esperar el triunfo de la Revolución de Ayutla para iniciar la etapa de recomposición política de la nación, una tarea que cobró fuerza cuando Benito Juárez restauró la república.

Según Justo Sierra, el momento en que el proceso histórico nacional se unió con el *libro del patriotismo*, ocurrió en la época de la Reforma.<sup>50</sup> Apoyado en la historia y el análisis de los acontecimientos políticos, Sierra identificó el programa del Partido Liberal con el proyecto de la nación futura. Así, al concluir la guerra civil y erigirse el partido en el triunfador sobre los imperialistas franceses y los conservadores mexicanos, pensó que la misión del partido reformista era “convertirse en un grupo nacional” que habría de transformar “el credo de la Reforma [...] en la religión política de la patria [...] La escuela —decía— es la destinada a dar a los mexicanos conciencia plena de esta unión definitiva” entre el programa de la Reforma y el proyecto nacional.<sup>51</sup> Imaginó que “cada escuela fuera un templo cívico” donde se habría de “erigir un altar al pie de



49 Citas tomadas de Richard N. Sinkin, *The Mexican Reform, 1855-1876: A Study in Liberal Nation-Building*, Austin, Institute Latin American Studies-University of Texas, 1979, p. 23 y Enrique Florescano, *op. cit.*, 1996, pp. 341-342.

50 Justo Sierra, *Obras completas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1948, vol. XII: *Evolución política del pueblo mexicano*, p. 359.

51 Justo Sierra, *Obras completas, Juárez, su obra y su tiempo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1948, pp. 320-321.

nuestra bandera".<sup>52</sup> En consonancia con estas ideas propuso que las antiguas fiestas religiosas fueran sustituidas por un nuevo calendario patriótico:

Fiesta del trabajo	1 de enero
Fiesta de la Constitución	5 de febrero
Fiesta de la Reforma	11 de abril
Fiesta de la Segunda Independencia	5 de mayo
Fiesta de la Primera Independencia	16 de septiembre
Fiesta de los que han muerto por la patria	2 de noviembre <sup>53</sup>

De la época de la Reforma al gobierno de Porfirio Díaz el esfuerzo de unificación política y cultural más sostenido se lleva a cabo mediante la transformación del sistema educativo, uno de los mayores logros del proyecto liberal. Desde las famosas leyes de Valentín Gómez Farías de 1833, que propusieron hacer de la educación una tarea del Estado, pasando por la ley Orgánica de Instrucción Pública del 2 de diciembre de 1867, los Congresos Nacionales de Instrucción de 1889-1891, hasta la ley de educación primaria de 1908 de Justo Sierra, el proyecto de reformar la sociedad se realiza poniendo en acto los programas de educación básica y enseñanza de la historia patria. Este proyecto se resumió en los dos artículos iniciales de la ley de 1908:

Las escuelas oficiales serán esencialmente educativas; la instrucción en ellas se considere sólo como medio de educación [...] La educación primaria que imparta el Ejecutivo de la Unión será *nacional*, esto es, se propondrá que en todos los educandos se desarrolle el amor a la patria mexicana y a sus instituciones [...], será integral, es decir, tenderá a producir simultáneamente el desenvolvimiento moral, físico, intelectual y estético de los escolares; será laica o, lo que es lo mismo, neutral respecto a todas las creencias religiosas, y se abstendrá en consecuencia de enseñar o atacar ninguna de ellas; será además gratuita.<sup>54</sup>

• • • • •

<sup>52</sup> Justo Sierra, *Obras completas, op. cit.*, vol. VIII, p. 495.

<sup>53</sup> *Ibid.*, pp. 38-39.

<sup>54</sup> Justo Sierra, *Obras completas, op. cit.*, vol. VIII, p. 397; Josefina Zoraida Vázquez, *Nacionalismo y educación en México*, México, El Colegio de México, 1970, p. 87.

Como lo ha mostrado Josefina Vázquez, en este periodo la construcción de la idea de patria, la forja de la nación y la reforma de la educación marcharon entretreídas. En los proyectos encaminados a fortalecer esta trilogía, la reforma del sistema educativo aparece como la clave para superar los ingentes problemas nacionales y lograr la deseada unidad de los mexicanos. Justo Sierra fue el educador y el actor político que convirtió esa empresa gigantesca en un empeño personal. Desde 1880, cuando era diputado, tomó la voz para subrayar la importancia de la instrucción cívica en la tarea de “despertar y consolidar el sentimiento del santo amor a la patria”.<sup>55</sup> Luego, en sucesivos escritos consideró la educación la vía necesaria para transformar la sociedad y pensó que “la escuela es la salvación de nuestra personalidad nacional”, una misión eminentemente *educativa*, no una mera tarea de instrucción.<sup>56</sup>

Sin embargo, la escuela, dentro del proyecto liberal, vino a ser un instrumento eminentemente político. Nada lo expresa mejor que la polémica entre el reconocido educador Enrique C. Rébsamen y el patriarca liberal Guillermo Prieto, en 1891. Rébsamen publicó en 1890 una *Guía metodológica para la enseñanza de la historia*, con la idea de apoyar la reforma escolar acordada por el Primer Congreso Nacional de Instrucción. Ahí expresó que

[...] no debe el maestro ponerse al servicio de determinado partido *político, religioso o social*, sino guardar la mayor *imparcialidad* y practicar la *verdadera tolerancia*. [Y agregó] La escuela debe ser un verdadero templo de la tolerancia; en sus aulas pueden sentarse niños católicos, protestantes y otros, hijos de liberales y conservadores, sin que se ofendan las creencias de unos ni de otros [...] ¡Sed, pues, verídicos, maestros! ¡No falsifiquéis la historia, ni con la mejor intención, *ni siquiera por patriotismo!*

Contra esta postura cívica de Rébsamen se pronunció Guillermo Prieto. En sus muy leídas *Lecciones de historia patria* (1886) asentó que el objeto de su libro era “dar a conocer a la juventud mexicana *los buenos principios liberales*, fundados en la observación y en la ciencia, para hacerla, ante todo, mexicana, patriota, liberal, republicana y defensora entusiasta de los derechos del pueblo y de la

• • • • •

55 Justo Sierra, *Obras completas, op. cit.*, vol. VIII, p. 190; Josefina Zoraida Vázquez, *op. cit.*, 1970, p. 55.

56 Josefina Zoraida Vázquez, *op. cit.*, 1970, p. 87.

Reforma”.<sup>57</sup> Es decir, en oposición frontal con Rébsamen, Prieto aducía, como advierte el historiador Juan Ortega y Medina, que la escuela es la “cuna donde se nace a la Patria, el embrión de la nación entera, [y el lugar donde] se han de forjar las primeras virtudes cívicas y patrióticas del niño liberal”.<sup>58</sup>

Durante su gestión como ministro de educación de Porfirio Díaz, Justo Sierra siguió la ruta trazada por Guillermo Prieto y llevó a cabo una reforma profunda del sistema de enseñanza en todos los niveles. Hizo más: se convirtió en historiador y maestro, y con sus obras promovió una nueva concepción de la historia de México y de la idea de patria. Su libro más famoso, *Evolución política del pueblo mexicano (1900-1902)*, se concentró en los mismos temas acotados por *México a través de los siglos*: la civilización mesoamericana, la Conquista, el Virreinato, la Independencia, la República y la Reforma, más un capítulo final dedicado al Porfiriato. Al igual que Riva Palacio, adoptó el enfoque evolutivo, de modo que su obra presenta la historia del pueblo mexicano como una marcha en ascenso continuo hacia un futuro promisorio.<sup>59</sup> Y como Riva Palacio, le adscribió al mestizaje el papel de proceso fundador de la nacionalidad mexicana. Según esta idea, la época prehispánica es el origen remoto, la raíz autóctona, el tiempo fundador que vio florecer los primeros pueblos civilizados del continente. Al ocurrir la invasión española la cultura europea se inserta con la raíz indígena y la mezcla de ambas comienza a fraguar *La nacionalidad mexicana*, el ser mestizo. Sin embargo, Sierra observa que en estos tres siglos la Iglesia, al mismo tiempo que sembró el cristianismo, sumó al poder espiritual el económico y asumió la tarea decisiva de educar e imponer sus valores morales al conjunto social, de tal modo que esos poderes la convirtieron en un Estado dentro del Estado. Según Sierra, la conquista y la Iglesia sumieron al indígena “en una pasividad absoluta, sistemáticamente mantenida durante tres siglos y que se extendió poco a poco a toda la sociedad nueva”.<sup>60</sup>

• • • • •

57 Véase Guillermo Prieto, *Lecciones de historia patria*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1986. En Juan Antonio Ortega y Medina (comp.), *op. cit.*, 1970, pp. 279-300, se dan a conocer los artículos dedicados a esta polémica. Énfasis mío.

58 Juan Antonio Ortega y Medina (comp.), *op. cit.*, 1970, p. 284.

59 Enrique Florescano, *op. cit.*, 2002, p. 374; Henry C. Schmidt, *op. cit.*, 1978, pp. 43-47. David A. Brading acaba de terminar un excelente ensayo sobre Justo Sierra y su concepción de la patria mexicana, que se publicará próximamente.

60 Véase Justo Sierra, *México su evolución social*, México, J. Balleca, 1900.

En la mentalidad liberal encarnada en Sierra, Hidalgo es el fundador de la patria mexicana porque su proyecto de independencia nació del “amor a una patria que no existía sino en ese amor; él fue, pues, quien la engendró: él es su padre, es nuestro padre”.<sup>61</sup> De acuerdo con esta concepción, de las 400 páginas que el libro dedica a la formación histórica del país, 250 están consagradas a la Independencia y la Reforma, las dos grandes revoluciones, las *dos aceleraciones violentas de su evolución*. En un intento por comprender la avalancha inusitada de acontecimientos abrumadores que nublaron el horizonte de la patria, por descifrar el sentido del faccionalismo político, la ambición irrefrenable de los caudillos regionales, la codicia sin límites de los jefes militares, o el apetito de los agiotistas, que sin escrúpulo aprovechaban la imparable bancarrota del gobierno, Sierra describe los terribles sucesos que desbarataron la estabilidad del país y lo instalaron en la quiebra económica, la ingobernabilidad y la guerra civil, hasta finalizar con la pérdida de la mitad del territorio. Sus páginas más vibrantes recogen el enfrentamiento contra la Iglesia, el Partido Conservador y los caudillos militares, que al final tomaron las riendas del gobierno en la figura rocambolesca de Antonio López de Santa Anna, la caricatura de jefe militar que resumió los peores defectos de los actores que intervinieron en la época más desastrosa de la historia nacional.<sup>62</sup>

Esas páginas sombrías apenas se iluminan con el relato que narra el triunfo de las fuerzas liberales contra el partido conservador en la Guerra de Reforma, la gesta que afirmó la separación de la Iglesia del Estado, la desamortización o confiscación de los bienes de la primera, la supresión de los conventos y comunidades religiosas, la prohibición para estas instituciones de adquirir bienes raíces y el derecho incontestable del Estado para regular los actos esenciales de la vida ciudadana (nacimiento, matrimonio y defunción). En su relato de las interminables pugnas faccionales, guerras, virulentos enfrentamientos orales y escritos, sacrificio de inocentes, masacres colectivas y muertes indecibles, las páginas luminosas las ocupan los actos heroicos de los miembros del Partido Liberal. Imitando las vidas ejemplares de Plutarco, Sierra compone breves retratos de los hombres y mujeres que derramaron su sangre por la causa de la Reforma y la

• • • • •

<sup>61</sup> *Ibid.*, p. 150.

<sup>62</sup> *Ibid.*, pp. 220-250 y 265-270.

defensa de la patria. Entre esos retratos destacan los de Benito Juárez, José Joaquín Herrera, Melchor Ocampo, Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano, Guillermo Prieto, Manuel González Ortega, Miguel y Sebastián Lerdo de Tejada, Francisco Zarco, Santos Degollado, Porfirio Díaz...<sup>63</sup> Descollando entre todos esos defensores de la Independencia sobresale la figura granítica del indio Benito Juárez, el escudo inmovible de la república, a quien Justo Sierra celebra con las virtudes del legislador, el atributo supremo encomiado por Plutarco. Juárez, las Leyes de Reforma y la victoria sobre el imperio de Maximiliano son las cumbres del patriotismo liberal, que celebra el triunfo de la república sobre los invasores franceses:

La República fue entonces la nación; con excepciones ignoradas, todos asistieron al triunfo, todos comprendieron que había un hecho definitivamente consumado, que se habían realizado conquistas que serían eternas en la historia, que la Reforma, la República y la patria resultaban, desde aquel instante, la misma cosa y que no había más que una bandera nacional, la Constitución de Cincuenta y Siete; bajo ella todos volvieron a ser ciudadanos, a ser mexicanos, a ser libres.<sup>64</sup>

La consolidación del Estado laico, el patriotismo entendido como amorosa dedicación a la república y sus fundamentos cívicos, y la defensa de la independencia, son los valores que Sierra ve amalgamados en Juárez, el patriota por excelencia. El homenaje final que Sierra consagró a Juárez adoptó la forma de libro, su obra más madura como historiador: *Juárez su obra y su tiempo*.<sup>65</sup> En este libro notable en la historiografía mexicana, escrito como respuesta a la diatriba que contra Juárez publicó Francisco Bulnes,<sup>66</sup> Sierra dio rienda suelta

• • • • •

<sup>63</sup> *Ibid.* Retratos de héroes liberales aparecen en las páginas de *México su evolución social* y en *Juárez su obra y su tiempo*, y en forma más didáctica en sus *Elementos de historia patria* (1893), *Catecismo de historia patria* (1904), y *Cuadros de historia patria e historia general* (1907). En estos retratos patrióticos Sierra sigue la huella de Carlos María de Bustamante, el historiador que inició este tipo de loas biográficas.

<sup>64</sup> Justo, Sierra, *Obras completas, op. cit.*, vol. XII, p. 150.

<sup>65</sup> Véase el estudio reciente de David A. Brading, "Justo Sierra e *Historia Patria*", aún no publicado, acerca de esta obra y las ideas patrióticas desarrolladas por Justo Sierra.

<sup>66</sup> *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio*, 1904; y *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma*, 1905.

a su patriotismo y en poco más de 500 páginas plasmó el mayor tributo al carácter y la obra republicana de Benito Juárez.

*Juárez su obra y su tiempo* es un compendio magnífico de la ideología y los valores del liberalismo encarnados en Juárez, un relato dramático del vía crucis recorrido por la República en su enfrentamiento con los intereses corporativos heredados del virreinato (Iglesia, ejército, oligarquía criolla), los años infaustos de la guerra civil que derramó torrentes de sangre, heridas y sacrificios, la invasión estadounidense con su cuota de derrotas humillantes y su trágico desenlace, el cataclismo inesperado de la intervención francesa y el imperio de Maximiliano con la secuela de guerras fratricidas, episodios sangrientos y mortandades, y por último, detrás de todo ello, la brega sorda, cotidiana, abrumadora, para mantener la integridad del territorio y la independencia de la nación. Desde 1846 hasta 1867 fueron cruciales en la formación del Estado mexicano, durante ese periodo la nación luchó por su supervivencia, construyó los baluartes políticos del Estado y trazó los rasgos de su identidad. Para Justo Sierra, durante esos años encrespados, dolorosos, desfallecientes y aniquiladores, la roca inquebrantable que sostuvo el edificio nacional fue Benito Juárez. En esta interpretación, el temple liberal de Juárez y su lucha indeclinable contra la invasión extranjera y el gobierno espurio de Maximiliano son los constructores del patriotismo liberal y la nación republicana.<sup>67</sup>

Justo Sierra se sirvió de sus conocimientos históricos y su talento interpretativo para escribir su *Catecismo de historia patria* y sus *Elementos de historia patria* (1894), dos obras que revolucionaron el contenido y los métodos de los libros de texto.<sup>68</sup> En esas obras reafirmó su idea de que “la Historia Patria es, por excelencia el libro del patriotismo”.<sup>69</sup> Sierra vio en la educación el instrumento idóneo para fortalecer la identidad y la unidad de la nación frente al mayor peligro que avizoraba: la absorción por la potencia estadounidense. En 1907 le explicaba así a Ives Limantour, el ministro de Hacienda, su argumento:

• • • • •

<sup>67</sup> Véase las interpretaciones que propone Erika Pani, *El segundo imperio: pasados de usos múltiples*, México, Centro de Investigación y Docencia Económicas/Fondo de Cultura Económica, 2004, pp. 64-69.

<sup>68</sup> Josefina Zoraida Vázquez, *op. cit.*, 1970, pp. 110 y ss.

<sup>69</sup> Justo Sierra, *Obras completas, op. cit.*, vol. IX: Elementos de historia patria, p. 335.



Para usted la educación pública es un ramo administrativo de la misma importancia de los demás. Para mí [...] es todo el porvenir de la Patria. Porque veamos el fondo de las cosas, mi querido amigo; todo lo ha hecho aquí el capital extranjero y el gobierno en la transformación del país; los ferrocarriles, las fábricas, los empréstitos y la futura inmigración y el actual comercio, todo nos liga y subordina en gran parte al extranjero. Si anegados así por esta situación de dependencia, no buscamos el modo de conservarnos a través de [...] *nosotros mismos* y de crear y desarrollarnos por medio del cultivo del hombre en las generaciones que llegan, la planta mexicana desaparecerá a la sombra de otras infinitamente más vigorosas. Pues esto que es urgentísimo y magnísimo, sólo la educación y nada más que ella puede hacerlo; y cuando dicen los pedagogos que el maestro de escuela hace el alma nacional, no emplea una metáfora, no; dice una cosa rigurosamente cierta.<sup>70</sup>

Estos ideales educativos, por completo fundidos con los fines del partido en el poder, los pudo sembrar Sierra en el sistema escolar porque, como sostenía su periódico el *Partido Liberal* en 1893, en esa fecha no había en México

[...] más que un partido político que se mueva, que trabaje, que procure la prosperidad y el progreso de la nación: el Partido Liberal [...] Después de la caída del Imperio, el partido retrógrado concluyó. Juárez lo sentenció a muerte en Veracruz y lo ejecutó en Querétaro.<sup>71</sup>

Como se advierte, la patria de Sierra, lejos de ser la patria del conjunto de los mexicanos, es en primer lugar y ante todo la patria liberal, una patria circunscrita a los fieles de ese partido.

Justo Sierra fue un político abierto a las corrientes universales que entonces transformaban el mundo. A él se debe la difusión, en el país, de los últimos derroteros del liberalismo francés y de las nuevas ideas acerca de la historia y la educación. Pero

• • • • •

70 Justo Sierra, *Obras completas, op. cit.*, vol. XIV, pp. 356-357.

71 Citado por Carmen Sanz Pueyo, *Justo Sierra. Antecedentes del Partido Único en México*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México/Miguel Ángel Porrúa, 2001, p. 258. Desde el 26 de abril de 1892, con motivo del Manifiesto a la Nación que emitió la Primera Convención Nacional liberal, se ratificó la idea de que "el Partido Liberal se había vuelto un partido de gobierno". Véase Charles A. Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Vuelta, 1991, pp. 176-177.

a diferencia de los liberales de la primera generación, que buscaron transplantar mecánicamente los principios liberales europeos a la realidad mexicana, y en contraposición con Gabino Barreda, quien transfirió casi sin enmienda el código positivista al sistema educativo nacional,<sup>72</sup> Sierra imaginó una ciencia mexicana abierta al mundo pero fincada en el conocimiento de la realidad nacional. En su famoso discurso inaugural de la Universidad Nacional de México del 22 de septiembre de 1910, definió así el carácter y la misión de esa institución.

### LOS EXCLUIDOS DE LA PATRIA LIBERAL: INDÍGENAS Y CONSERVADORES

La falla mayor en el proyecto liberal de construir la nación es que no admitía en su vocabulario político ni a los indígenas ni a los conservadores. Los primeros fueron proscriptos de la patria desde fines del siglo XVIII, cuando los criollos ilustrados decidieron combatir las lenguas, la superstición y las antiguas costumbres que pervivían en los pueblos de indios.

La división entre la minoría blanca y la mayoría de color se incrementó a lo largo del siglo XIX, incentivada por los fracasos políticos de los dirigentes liberales y conservadores, y calentada por las innumerables protestas y rebeliones indígenas en defensa de sus tierras, lenguas, costumbres y tradiciones. Así, Francisco Pimentel, en su *Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México* (1864), identificaba como primera causa de la degradación de los indios su *religión bárbara* y el *sistema de comunismo* que regulaba la propiedad de sus tierras. En la segunda mitad del siglo, al aumentar los conflictos agrarios y las rebeliones indígenas, el discurso y la prensa gubernamental hicieron de esos enfrentamientos una amenaza virtual contra *la propiedad y la civilización*. En esta campaña las elites regionales y nacionales propagaron por todos los medios a su alcance la idea de que los indios se levantaban no en defensa propia, sino ofuscados por un odio oscuro a la raza blanca.

Lo cierto es que las primeras rebeliones indígenas del siglo XIX fueron señaladas por sus represores como amenazantes guerras de castas. Así, en 1845 Nicolás



<sup>72</sup> Sobre la introducción por Octavio Barreda del positivismo europeo en el sistema educativo mexicano, véase Leopoldo Zea, *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968. Charles A. Hale, *op. cit.*, 1991, ofrece, desde mi punto de vista, un análisis más perceptivo de la obra de Gabino Barreda y de su influencia en el sistema educativo.

Bravo afirmó que la guerra en la región sureña tenía como mira “la devastación de la raza europea de que se compone la parte pensadora de la nación”. Asimismo, en Yucatán, el ataque de las fuerzas campechanas contra Valladolid, fue considerado por los yucatecos como el anuncio de que una *guerra de castas* amagaba a esa región. Estos ejemplos se repitieron en el extremo norte del país, donde las rebeliones yaquis fueron bautizadas como *guerra de castas*. No es extraño entonces que en 1826 el influyente periodista que firmaba con el seudónimo de *El Pensador Mexicano* demandara, con motivo de las rebeliones yaquis de 1826, una guerra *sin piedad* contra los indios bárbaros de Sonora. El mismo jefe del partido liberal, José María Luis Mora, quien antes se había manifestado prudente ante la cuestión racial, al observar los acontecimientos de 1844 “llegó al extremo de proponer expulsar de Yucatán a todos los elementos de color, multiplicar a los blancos” y cuidar que en las fronteras los pobladores fueran solo españoles. Poco después, en agosto de 1866 comenzó a circular en esta región un periódico quincenal cuyo título era el mismo de la temida amenaza: *Guerra de Castas*. Así, cuando más tarde las pugnas agrarias perturbaron la región de Chiapas, el gobernador del estado empleó un lenguaje exacerbado para describir la rebelión chamula de 1869.

El rebajamiento de los indígenas fue una actitud empecinada de los grupos dirigentes en el siglo XIX, y en el Porfiriato no amainó la campaña de vituperar la condición de los grupos nativos. Un geógrafo muy conocido en este tiempo, Alfonso Luis Velasco, asentó en sus obras que “las razas aborígenes eran un obstáculo para la civilización”. En el mismo sentido, Mateo Castellanos decía que si en lugar de 11 millones de indígenas México tuviera igual cantidad de inmigrantes europeos, sería 30 veces más rico, fuerte y respetado. Francisco Bulnes, uno de los más destacados escritores de ese tiempo, atribuía la debilidad política y social del país a la inferioridad del indígena. Carlos Díaz Dufío y Genaro Raygosa, dos miembros del gabinete de Díaz, calificaron a los indígenas de *raza degenerada* y de *nulidad intelectual*. En fin, para los Científicos porfiristas, como antes para los liberales, los indios eran el mayor lastre que impedía el desarrollo de México.

Al rechazo de los indígenas como parte constitutiva de la realidad nacional se sumó la erradicación de los conservadores de la memoria política de la nación. El triunfo de los liberales sobre los imperialistas franceses y sus partidarios nativos, los conservadores, señaló a éstos como traidores y en el mejor de los casos los condenó al olvido, pues desde entonces los políticos, los pensadores, los episodios históricos y los valores conservadores fueron prácticamente borrados de la memoria construida por los liberales y más tarde por los ideólogos del Estado

que surgió de la revolución de 1910.<sup>73</sup> El primer resultado de este ostracismo histórico fue la reducción y deformación de la memoria nacional. Así, además de arrumbar en el arcón del olvido la participación del grupo conservador en la construcción de la nación, esa interpretación del pasado tachó de negativo el rico legado social, cultural y político que provenía de España y del pensamiento conservador. De este modo, quienes encomiaron y defendieron la religión católica y sus principios morales, o manifestaron orgullo por el uso del castellano y la cultura transmitida por esa lengua, o valoraron la herencia jurídica y política de raíces hispánicas, fueron descalificados con los adjetivos de traidores, retardatarios o reaccionarios. De este modo, el triunfo del partido liberal sobre los imperialistas franceses y los conservadores mexicanos en 1867 trajo consigo, como lo señaló con agudeza Charles Hale, la constitución del liberalismo como “el mito político unificador del proyecto de construcción de la nación”.<sup>74</sup> A fines del porfirismo, cuando se consolidó *el omnímodo mito liberal*, conservadurismo vino a significar “traición y perpetuación de un desfasado sistema colonial”.<sup>75</sup>

D.R. © Enrique Florescano, México D.F., enero-junio, 2005.

• • • • •

<sup>73</sup> Jesús Reyes Heróles, *El liberalismo mexicano*, vol. II: *La sociedad fluctuante*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1957-1961, en especial el cap. IX; Alfonso Noriega, *El pensamiento conservador y el conservadurismo mexicano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972; Jorge Adame Goddard, *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos: 1867-1914*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1981; William Fowler y Humberto Morales Moreno (coords.), *El conservadurismo mexicano*, Puebla, Benemérita Universidad de Puebla, 1999.

<sup>74</sup> Charles A. Hale, *op. cit.*, 1991, pp. 15 y 172.

<sup>75</sup> *Ibid.*, p. 229.